

"pax" en polonia: una solución estimulante

Los hechos

Polonia tiene actualmente 34 millones de habitantes. De ellos, el 93 por 100 están bautizados en la Iglesia católica. El 90 por 100 se declaran creyentes. Practican regularmente el 70 por 100. Sólo el 8 por 100 se declaran ateos. Hay 27 diócesis, con 74 obispos; 7.849 parroquias; más de 18.000 sacerdotes y 30.162 religiosos y religiosas. El número de seminaristas es de 4.000 (1).

Pero más elocuente que el dato frío de los números es la experiencia viva del visitante extranjero que llega al país. En mayo pasado tuve la suerte de pasar el día del Corpus en Varsovia. Y digo "la suerte", porque uno ya no va estando acostumbrado a participar en manifestaciones religiosas de tal volumen y de tanta densidad. Primero, la misa es la catedral, abarrotada de fieles, hasta salirse por la puerta y llenar las calles vecinas. Luego, la procesión con el Santísimo, en una mañana radiante de sol; altares relucientes en el itinerario; gentes de todas las edades; el sermón del cardenal Wyszynski en una plaza pública; y, sobre todo, miles y miles de personas —imposible calcular el número— participando en aquella impresionante manifestación de fervor popular. Por si era poco, durante la tarde se celebraron también procesiones en las parroquias; procesiones que recorrían los barrios, también con sus altares callejeros en algunos casos y, por supuesto, con asistencia nutrida de fieles. Me dijeron que en otras ciudades las manifestaciones de fervor religioso adquirirían proporciones más considerables. En toda Polonia era día de fiesta no laborable. Por tanto, nada de comercio ni de oficinas. Es más, la Administración organizaba —como en otros días festivos— actos de tipo cultural al alcance de todo el mundo. Por la tarde asistí a un excelente concierto de piano, en un parque público, junto al precioso monumento que Varsovia ha levantado en memoria de Chopin.

Pero la cosa no para aquí. El visitante se queda sorprendido al ver las numerosísimas iglesias de la ciudad abiertas todo el día y a todas horas llenas de gente. No exagero. Recuerdo haber entrado un día laborable a las tres y media de la tarde en la iglesia de los jesuitas; puedo asegurar que habría más de cien personas rezando en la capilla del Santísimo. Otra cosa que llama la atención es la cantidad de tiendas de objetos religiosos —en alguna de ellas tuve que hacer cola a la puerta— en las que se compran libros, estampas, medallas, rosarios, ornamentos

de iglesia, etc. etc. En Polonia no hay ni un solo sacerdote en la cárcel. Tampoco hay pornografía. Ni el menor vestigio de eso en cines, kioskos, escaparates. La juventud sigue practicando la religión, como lo prueba el crecido número de vocaciones sacerdotales y reliogasas que llenan todavía los seminarios y noviciados. La prensa católica tiene una audiencia muy considerable. Por ejemplo, el diario "Ślowo Powszechnie" (de la asociación "Pax") alcanza una tirada diaria de 90.000 ejemplares; los domingos llega a los 200.000. Se encuentra en todos los kioskos. Otro dato: sólo la editorial de la asociación "Pax" ha vendido en poco tiempo 700.000 ejemplares de la Biblia.

Al contar estas cosas, me limito a constatar unos hechos que están ahí. Lo cual indica, evidentemente, una vitalidad insospechada del catolicismo en un país socialista. Y ésta es la cuestión. Porque, según lo dicho, resulta que la minoría —he indicado que sólo el 8 por 100 se declaran ateos— es la que está en el poder. El poder que, como todo el mundo sabe, está en manos del Comité Central del Partido Obrero Unificado de Polonia. Y entonces, ¿cómo se establecen las relaciones entre la gran masa creyente y confesante, por un lado, y la minoría dominante, por otro?

Una actitud muy extendida

Polonia ha sido, junto con Irlanda y España, uno de los ejemplos más típicos de "nacional-catolicismo". Para mucha gente de allí, ser buen polaco era —y sigue siendo— ser buen católico. "Buen católico" al estilo antiguo, es decir, según la forma de pensar y de comportarse anteriores al concilio Vaticano II. De ahí que, para amplios sectores de la población, la actitud patriótica es, con frecuencia, lo mismo que actitud conservadora tanto desde el punto de vista político como ideológico. O sea, nada de cooperación con el socialismo imperante en el poder, nada de compromiso temporal, nada de aceptar las nuevas corrientes teológicas y pastorales que se han impuesto, en grandes sectores, de la Iglesia, durante los últimos diez años. En el pensamiento de muchos católicos polacos, la Iglesia debe seguir siendo lo que siempre fue: la institución religiosa que se ocupa de la salvación de las almas para la otra vida, mediante la enseñanza religiosa tradicional, la administración de los sacramentos y la celebración de funciones piadosas. En lo demás, no tiene por qué meterse. Las cosas de este mundo son de la competencia de los políticos y de las instituciones civiles.

Y no se piense que todo esto es considerado —al menos por mucha gente— como una cosa inevitable a la que no hay más remedio que amoldarse, porque no hay otra solución. Todo lo contrario. El provincial de una orden religiosa importante me decía: en la Polonia actual, el gobierno socialista se ha encargado de resolver los problemas sociales, es decir, los problemas de esta vida; a nosotros, los eclesiásticos, lo que nos toca es preocuparnos de los asuntos de la otra vida. Así cada uno cumple con la misión que le corresponde y no hay problemas.

Naturalmente, a los políticos les va bien este talante eclesiástico. Y por eso se comprende que lo acepten de buena voluntad. Es más, en un país masivamente católico, como es Polonia, el estado socialista desea la cooperación de la Iglesia, al menos hasta ciertos límites. El día 3 de octubre de 1971, el ministro Aleksander Skarzynski decía en un dis-

curso: "Nuestro Estado tenderá consecuentemente a dar satisfacción a las necesidades religiosas de los creyentes, a garantizar las condiciones que permitan a la Iglesia cumplir con su trabajo pastoral y educador, y enseñar la religión a los niños y a los jóvenes católicos" (2). Pero no sólo esto. En aquella ocasión, Skarzynski fue más lejos, y llegó a formular, con toda nitidez, los principios fundamentales de la mutua cooperación. Tales principios —cito textualmente— son dos: "a) Las autoridades de la Iglesia, el episcopado, conforme al carácter de su misión religiosa que no depende de ningún régimen —según ha confirmado el Concilio— deben reconocer el orden socialista en nuestro país, la orientación política de la Polonia popular como realidad inalterable y patriótica. b) El Estado popular respetará el carácter perdurable de la actividad religiosa de la Iglesia y apreciará en su justo valor sus funciones educadoras con respecto a los creyentes. El entendimiento, que será la puesta en práctica de los principios citados, está justificado desde el punto de vista social y, por ese hecho, debe ser tomado en consideración por las dos partes" (3).

Al hablar de esta manera, el ministro Skaarynski no hacía sino reafirmar la orientación conciliadora que desde 1971 viene siguiendo el secretario del Comité Central del Partido comunista Edward Gierek. En este sentido, fue significativa la visita que en noviembre de 1973 hizo el ministro polaco de asuntos exteriores, Olszowski, al Vaticano. Después de su entrevista con Pablo VI, el ministro declaraba: "El gobierno polaco ha dado muestras de buena voluntad, profundamente convencido de que un ulterior desarrollo del proceso concerniente a estas relaciones (entre la Iglesia y el Estado) interesa igualmente a la comunidad católica" (4).

Hasta aquí, todo parece ir bien, como si se tratara de una situación bastante satisfactoria, casi ideal. Pero, lo malo es que una cosa son las palabras y otra cosa son los hechos. Y por eso ocurre, a veces, lo que no tendría que ocurrir. Las tensiones existen, concretamente en lo concerniente a los permisos para la construcción de nuevas iglesias, en el debatido problema de la ley de educación por lo que ésta afecta a la enseñanza religiosa, y, sobre todo, en el espinoso asunto de la marginación de los católicos en la participación activa en el quehacer público, especialmente en la política. De hecho, en la Dieta, órgano supremo del poder, sólo hay 13 diputados católicos, para representar a más de treinta millones de creyentes. El cardenal Wyszynski, en un sermón pronunciado en la catedral de Varsovia, ha protestado con toda energía: "No podemos ser los parias en la patria por la que trabajamos sincera y honestamente. Polonia no deberá ser un país donde sólo los miembros del partido son los privilegiados, un país sólo para los no-creyentes" (5).

En realidad, yo no sé si el cardenal, al hablar de esta manera, se excedió en su juicio sobre la situación. Porque el hecho es que el artículo 69 de la Constitución afirma de manera terminante: "Los ciudadanos de la República Popular de Polonia, independientemente de su nacionalidad, raza o creencia religiosa gozan de igualdad de derechos en todos los dominios de la vida estatal, política, económica, social y cultural". Probablemente aquí hay que recordar, otra vez, que una cosa son las palabras y otra cosa son los hechos. Porque, de una parte, es

innegable que el Estado hace discriminación, dando, por supuesto, preferencia a los miembros del partido. Pero, de otra parte, hay que reconocer el hecho, confirmado por la experiencia, de que amplios sectores de la población católica han adoptado una actitud de inhibición en cuanto se refiere a las relaciones con el Estado socialista. Más aún, en no pocas ocasiones se han llegado a tomar posturas dogmáticas e incluso cerradamente sectarias frente a las cuestiones más fundamentales que plantea el socialismo. Así ocurrió, sobre todo, en la época staliniana. Y así sigue ocurriendo, en nuestros días, con relativa frecuencia. El resultado es que el Estado va por su camino y la Iglesia por el suyo. Ambos se toleran, dentro de ciertos límites, porque no hay más remedio. Pero, ¿es eso lo ideal, en un país creyente y practicante en una abrumadora mayoría? ¿No sería de desear una mayor —al menos una cierta— colaboración?

La solución de «Pax»

Al hacer las preguntas que acabo de plantear no pretendo entrar en el complicado problema del concordato entre Polonia y la Santa Sede (6). Tampoco es mi intención abordar, desde un punto de vista teórico, el tema de “cristianos por el socialismo”. Me voy a referir a un hecho concreto que se viene dando en Polonia desde hace más de veinticinco años: el hecho de la asociación “Pax”. Esta asociación es un movimiento ideo-político, un laicado que despliega su actividad de forma organizada en la vida pública del país. Desde el punto de vista jurídico, “Pax” es una asociación, sometida al régimen legal de asociaciones actualmente vigente en Polonia. A finales de 1972, “Pax” contaba con 12.812 miembros y candidatos, organizados en grupos de 20 a 30 personas. Actualmente, la asociación tiene alrededor de 500 grupos de este género (7). Más de 2.400 sacerdotes cooperan regularmente con el movimiento “Pax” y llegan hasta 4.600 los que están personalmente en contacto con la asociación. En la Dieta cuenta con siete diputados. Es de destacar su actividad a través de la prensa: edita un diario, “*Slowo Powszechne*” (90.000 ejemplares; los domingos 200.000); tres semanarios, “*Kierunki*” (30.000 ejemplares), “*WTK*” (50.000 ejemplares), “*Zorza*” (50.000 ejemplares); una revista mensual, “*Zycie i Mysl*”, destinada a los intelectuales católicos (5.000 ejemplares) y otra revista de carácter internacional, “*La vida católica en Polonia*”, que se edita en cinco lenguas: inglés, francés, alemán, español e italiano.

Los principios ideológicos y el programa de la asociación “Pax” se caracteriza por la simultaneidad de un triple compromiso, a saber: el compromiso patriótico, el compromiso socialista y el compromiso católico. Conviene fijarse en este último aspecto de la cuestión. “Pax” se autodefine como una asociación de católicos que quieren representar abiertamente en la vida pública su concepción del mundo. En su actividad, la asociación “es fiel a los deberes e inspiraciones que son siempre y por todas partes obligatorios para el católico, tanto en su vida privada y familiar, como pública y socio-política” (8). Esto supuesto, el problema está en ver cómo es conciliable, al mismo tiempo, el compromiso católico, por una parte, y la aceptación del socialismo imperante en el país, por otra parte. “Pax” ha dado a este problema una solución de tipo pragmático: acepta los principios socio-económicos

y constitucionales del socialismo, conservando simultáneamente el carácter particular de la concepción del mundo y de la vida que es propia de un creyente. De esta manera, los católicos de "Pax" no se marginan de su participación activa en la vida pública del país, manteniéndose al mismo tiempo fieles a sus convicciones de creyentes

Evidentemente esta solución lleva consigo el tener que mantener un equilibrio difícil de guardar en no pocas ocasiones. Porque, de una parte, el Partido no deja de mirar con recelo a una asociación que se confiesa católica; de ahí las restricciones que le impone, por ejemplo, el control y la censura en todas las publicaciones. De otra parte, la jerarquía eclesiástica guarda también sus distancias con respecto a "Pax". Por ejemplo, en 1955, el Santo Oficio puso en el "Índice de libros prohibidos" la obra "Zagadnienia istotne" ("Problemas esenciales") de Boleslaw Piasecki, el fundador de "Pax", y el semanario "Dzis i Jutro", que en aquel tiempo publicada la asociación. Son también conocidas las tensiones que han existido con el cardenal Wyszynki. Por lo demás, la asociación no ha dejado de manifestar su adhesión a la Iglesia. Con ocasión de la apertura del Concilio, "Pax" hizo pública una declaración en la que se podía leer: "Lo que distingue a los católicos laicos de la izquierda de sus hermanos de la derecha, no es el grado de subordinación a la Jerarquía en las cuestiones de fe, de moral y de jurisdicción, sino la convicción de la necesidad de una participación activa, y no meramente pasiva, en la obra del progreso socio-económico" (9). Evidentemente, al hablar de esta manera, "Pax" entendía el "progreso socio-económico" según el patrón y las exigencias del Estado Socialista imperante. Y aquí es donde está la dificultad. Porque eso es precisamente lo que no aceptan determinados sectores de la Iglesia o ante lo que adoptan una actitud de inhibición.

En el fondo el problema está en determinar hasta qué punto la concepción cristiana del mundo y de la vida es conciliable con las exigencias e imposiciones de un Estado Socialista como el que, de hecho, existe en Polonia. No se trata, por tanto, de un problema teórico, sino de una cuestión concreta y práctica. Muchos católicos polacos piensan que tal conciliación no es posible. Porque ello supondría traicionar su conciencia cristiana. Los católicos de "Pax", sin embargo, creen que esa conciliación —y la consiguiente colaboración con el Estado— se puede y se debe llevar a efecto, sin renunciar por eso a ser creyentes en el pleno sentido de la palabra. Indudablemente esta opción comporta un determinado posibilismo. Es decir, se es católico y al mismo tiempo se acepta "lo que se puede hacer", en la situación vigente. Los otros católicos dirán que no; que si se acepta colaborar con el Estado, tiene que ser a base de que el Estado permita hacer "todo lo que habría que hacer", desde las exigencias de la Fe en todos los ámbitos. A mí me parece que, en última instancia, es exactamente el mismo problema que se plantean —o se tendrían que plantear— los católicos de los países capitalistas, desde la perspectiva inversa, a saber: ¿se puede ser plenamente creyente, aceptando al mismo tiempo las exigencias e imposiciones del capitalismo? O más exactamente, ¿se puede ser cristiano de verdad, aceptando simultáneamente hacer "lo que se puede hacer" en una estructura capitalista, con las restricciones que inevitablemente tal estructura impone por su misma naturaleza y por la organización que, de facto, existe en los países llamados capitalistas?

No voy a responder aquí a tales cuestiones. Eso nos llevaría demasiado lejos. Y, por supuesto, un tratamiento adecuado de semejantes problemas no entra en el propósito de esta crónica. Si he formulado esas preguntas, es para que caigamos en la cuenta de que todos estamos metidos, querámoslo o no, en un cierto posibilismo. A fin de cuentas, cada uno hace, desde su situación concreta, "lo que puede hacer". Es verdad que en unos sistemas se puede hacer más que en otros. Pero, ¿dónde está el sistema en el que, de hecho, se puede llevar hasta sus últimas consecuencias "todo lo que habría que hacer"?

La pregunta queda abierta a la reflexión. Y pienso que la reflexión, en la medida en que sea sincera y coherente, nos tendría que llevar a comprender que la opción de "Pax", en la Polonia actual, es una opción respetable. Incluso, me atrevo a decir, es una solución estimulante, en las coordenadas históricas en las que se debate el catolicismo actual en Polonia.

NOTAS

- (1) Véase *Cuadernos para el diálogo*, n.º 143, agosto 1973, pg. 34.
- (2) *La vie catholique en Pologne*, Revue de la presse polonaise, diciembre 1973, pg. 105.
- (3) *O.c.*, pg. 106.
- (4) *Vida Nueva*, n.º 918, 2 de febrero de 1974, pg. 25.
- (5) *O.c.*, pg. 28.
- (6) Para una información sobre este asunto, véase el interesante artículo de A. PELAYO, *Polonia - Vaticano, búsqueda de un acuerdo*, *Vida Nueva*, n.º citado, pg. 22-29.
- (7) *La vie catholique en Pologne*, n.º citado, pg. 109-110.
- (8) *O.c.*, pg. 109.
- (9) *O.c.*, pg. 93.